



**Conferencia en la
European Ideas Network
(Lisboa, 23 de septiembre 2005)**

Un año más, y con mucho gusto, estoy aquí, en Lisboa, participando en esta reunión con todos ustedes. Y me propongo hacer unas consideraciones, lo más breves posibles, en torno a mi visión sobre Europa y la relación atlántica. Por tanto, procuraré hablarles con la mayor claridad.

Quisiera empezar estas palabras haciendo una referencia a las pasadas elecciones celebradas el día 18 en Alemania. Quiero aprovechar para trasladar un cauto mensaje de felicitación a Angela Merkel y a la CDU, que ha sido el partido más votado. Sin duda no tan votado como ellos hubiesen deseado, o como los demás

hubiésemos deseado, pero la CDU ha sido el partido más votado, el que tiene más escaños, y quiero desearles mucho éxito en sus negociaciones políticas para la formación de gobierno, tan difíciles e importantes para Alemania y Europa.

Con carácter previo, quiero recordar que hace 50 años, en Milán, se celebró un congreso por la libertad de la cultura. Fue un congreso en el que participaron especialmente dos grandes intelectuales europeos: Raymond Aron y Friedrich Hayek. Entonces, de lo que se trataba era de expresar dos ideas básicas: una era el rechazo a los totalitarismos en aquella época especialmente encarnados por la Unión Soviética. La segunda era el apoyo a los valores democráticos expresados en la relación Atlántica entre Norteamérica y Europa. Pues bien, ahora, 50 años después, creo que los valores que entonces defendían Friedrich Hayek y Raymond Aron en aquel congreso son hoy perfectamente defendibles y asumibles por nosotros. Y creo además que esa comunidad de valores y de principios no solamente debe mantenerse, fortalecerse, reforzarse y extenderse, sino que además debemos pasar de ser una comunidad de valores y principios a ser también una comunidad de acciones, una comunidad que intervenga decisivamente en los problemas del mundo para intentar mejorarlos.

Dicho esto con carácter previo, las reflexiones que me propongo hacer ante ustedes tienen algunos puntos de referencia bien claros.

El primero es que yo creo en Occidente y en lo que llamamos el mundo occidental. Y no sólo no siento vergüenza alguna por decirlo, sino que además creo que nuestra civilización occidental, nuestra civilización de libertad, de democracia, de derechos humanos, de igualdad entre hombres y mujeres y de estado de derecho, es mejor civilización que otras civilizaciones. Por tanto, no solamente no me avergüenzo de decirlo sino que lo digo con profundo orgullo. Y digo también que estoy dispuesto, si este mundo occidental está amenazado, a defenderlo en la medida de mis responsabilidades.

En segundo lugar, yo creo en la Unión Europea, que ha dado estabilidad y prosperidad a nuestros países. Y creo que Europa debe seguir funcionando con respeto a los Estados nacionales que la integran. No concibo otra Europa que no sea profundamente respetuosa de su pluralidad nacional. E intentar construir Europa al margen de los Estados nacionales me parece un grave error que Europa pagará de manera muy clara con el inmovilismo y con la falta de posibilidad para afrontar los grandes problemas del futuro.

Y en tercer lugar, yo creo en la relación atlántica y en la Europa atlántica. Es más, no creo en ninguna otra Europa que no sea la

Europa atlántica. Y además creo que no es posible otra Europa que no sea la Europa atlántica. Y aún más, si otra Europa fuese posible no sería deseable. Por tanto, creo en la Europa atlántica porque es la única Europa posible. Es la única que ha sido posible, que es posible hoy y que será posible mañana. En mi opinión, tenemos que orientar sobre esta concepción de Europa los debates de la Unión Europea de cara al futuro.

Partiendo de esas tres consideraciones generales les quiero algo importante. En mi opinión, la libertad y las sociedades europeas están amenazadas esencialmente por cuatro factores: el terrorismo, el pensamiento débil, la demografía y la falta de liderazgo.

En primer lugar, estamos amenazados por el terrorismo. El terrorismo pretende aniquilar nuestras sociedades y destruirlas. Si alguien piensa que Europa está al margen de ese riesgo se equivoca. Todos los países están bajo esa amenaza. Puede haber terrorismos de carácter local, como el que desgraciadamente sufrimos en España desde hace muchos años. O puede haber un terrorismo de carácter general, que es el que amenaza a todas nuestras sociedades y el que ha declarado una guerra al mundo occidental. Pero al final el terrorismo siempre es terrorismo. Sé que en Europa hay dificultades para definir esto, y que cuando algunos

hablan del “terrorismo que nos amenaza” utilizan la expresión “terrorismo internacional”. Dicho así, eso no existe. La verdadera amenaza para nuestras sociedades se llama terrorismo islámico. Si los europeos somos incapaces de definir el terrorismo que nos amenaza estaremos perdiendo esta batalla. Lo que no es posible es estar en una guerra que tú no has declarado, sino que te han declarado, y no ser siquiera capaz de identificar claramente quién es el enemigo y contra quién tienes que luchar. Por tanto, es preciso identificar el terrorismo como la primera amenaza contra nuestras sociedades.

La segunda amenaza es el pensamiento débil. Vivimos momentos de pensamiento débil, de relativismo completo, momentos en que hablar de valores y creencias es prácticamente imposible. Cuando alguien habla de ello enseguida es claramente ridiculizado. Y eso lleva a la consecuencia de que los ciudadanos no creen en nada. Y cuando no se cree en nada se cae en la inacción y en la desconfianza. Es importante que Europa vuelva a buscar en sus raíces históricas la defensa de los valores y principios que hacen de nuestra civilización una civilización en la cual merece la pena seguir viviendo y que merece la pena defender.

El tercer gran problema de Europa es el demográfico. Y es que los europeos tenemos que mirar hacia delante y ver cuál va a ser la evolución demográfica de nuestras sociedades. Se equivoca quien piense que la Europa del mañana va a ser igual que la de ahora, sólo que en vez de contar con un 10% de inmigrantes tendremos un 40%. O que será igual para Europa, por ejemplo, tener una minoría cristiana en vez de una mayoría cristiana. Este es el inevitable camino que la catástrofe demográfica que vivimos está suponiendo para Europa. Creo que deberíamos reflexionar sobre estas cuestiones, que a su vez son muy difíciles de afrontar si no hay una vigorosa política de defensa de nuestros principios y valores.

El cuarto problema global en Europa es la falta de liderazgo. La falta de liderazgo lleva al inmovilismo, al exceso de dirigentes políticos cautivos de las encuestas de opinión, de las opiniones públicas. La falta de liderazgo produce dirigentes incapaces de tomar decisiones ni de abordar los problemas de la sociedad, y que al final reciben, como es evidente, una creciente desconfianza ciudadana.

En mi opinión todas estas amenazas y problemas provocan una triple debilidad europea. En primer término, una debilidad política: Europa es más débil políticamente. En segundo lugar, una debilidad económica: Europa pierde su oportunidad económica. Y por fin una

debilidad militar: Europa pierde sus oportunidades en materia de seguridad. Es decir, toda esta situación provoca la existencia una Europa declinante en vez de una Europa ascendente. Y eso realmente es consecuencia de los elementos que antes ponía encima de la mesa. Por ello, me parecen elementos esenciales recuperarse de la falta de liderazgo, recuperar la confianza ciudadana y corregir malas políticas.

A su vez, esta triple debilidad europea se ha transformado en una desconfianza profunda en un triple orden: institucional, hacia el mercado y hacia Estados Unidos.

En primer lugar, esta debilidad se percibe a través de una desconfianza institucional, manifestada de forma clara en el rechazo al Tratado constitucional de la Unión Europea. Por cierto, quiero decir que el Tratado constitucional ha sido rechazado de forma clara, y que asistimos a su muerte efectiva. En lo que a mí respecta, no derramaré ninguna lágrima por él.

En segundo lugar, en esta situación se produce una desconfianza en la economía de mercado. Los mensajes que se trasladan continuamente a los ciudadanos son del tipo: la liberalización es un problema, la apertura es un problema, la globalización es un problema, las privatizaciones son un problema, las iniciativas son un

problema. Por todas partes se anuncian leyes de protección, leyes de defensa de los intereses estratégicos. Nos enteramos, por ejemplo, que sectores económicos como el de los yogures son declarados de interés estratégico. Y además somos incapaces de establecer reglas para el funcionamiento del Mercado Único. Todas estas cuestiones trasladan un mensaje muy negativo a las sociedades europeas. Porque lo que necesita Europa es exactamente lo contrario: más apertura, más liberalización, menos temor a la globalización, más apertura al comercio, etc.

Y en tercer lugar, está la desconfianza atlántica, el juego del antiamericanismo de algunas sociedades europeas, la falta de asunción de responsabilidades por parte de Europa. Y lo que no había ocurrido hasta el momento: la existencia de gobiernos europeos activa e irresponsablemente comprometidos en actitudes anti-atlánticas y antiamericanas. Esto es ciertamente preocupante y se ha traducido en que existan dos ideas básicas sobre el futuro de Europa: la de aquellos que piensan que hay que construir Europa como un contrapoder a los Estados Unidos, y terminar así con el vínculo atlántico para crear algo alternativo. Y la de aquellos que creemos que la única Europa posible y deseable es la Europa atlántica. Pero, naturalmente, sembrar discordias en la relación atlántica es estar apostando por políticas alternativas que

estratégicamente son absolutamente desconocidas e inciertas hasta el momento.

Terminado el análisis, ustedes podrían preguntarme cuáles son las recetas por las que yo apostaría. Pues bien, se las voy a decir.

En primer lugar, pondría en marcha una decidida política de recuperación de valores basada en los valores clásicos de nuestra civilización occidental, en el carácter cristiano de nuestras raíces y de nuestros orígenes, y basada también en el intento de transmitir a la gente que cuando nuestra civilización es amenazada hay que saber defenderla y hay que luchar por ella.

En segundo lugar, me plantearía cómo aumentar la influencia de Europa en el mundo. Esto me lo planteé ya hace años y llegué a una conclusión clara. La influencia de Europa en el mundo sólo puede venir por la vía del aumento de la influencia económica de Europa. Cuando Europa sea más fuerte económicamente, tendrá más capacidad de influencia en el mundo. El aumento de la influencia de Europa no vendrá ni por la competencia con Estados Unidos, ni por la destrucción del vínculo atlántico, ni por la capacidad militar europea.

El tercer punto que me plantearía es, sin duda, no construir Europa como un contrapoder a los Estados Unidos. En mi opinión, hay que

hacer una política al lado de los Estados Unidos con dos grandes iniciativas que la fortaleciesen: reformar la Alianza atlántica en términos de seguridad para aumentar nuestra seguridad común, y crear una gran área económica atlántica que incluya Norteamérica y Europa. Esta gran área no sólo tendría ventajas económicas por sí misma, sino que fortalecería nuestra capacidad de influencia en distintas partes del mundo. Dicho de otra forma, y lo vuelvo a repetir, yo plantearía el futuro de la Unión Europea sobre bases atlánticas.

Para terminar, ¿cuál sería, dentro de ese marco general, mi programa para la Unión Europea?

Primero, definiría los límites de la Unión Europea, porque no es interminable. Pero hay que discutir dónde termina y decir aquí termina. Y dentro de eso, hay que determinar claramente hasta dónde es posible que Europa siga haciendo un proceso de admisión de miembros con capacidad para soportar esa decisión. Por tanto, hay que hacer una Unión Europea viable, no algo que no se sepa dónde empieza ni dónde acaba, ni adónde va ni qué es lo que se quiere hacer.

Segundo, no tocaría el modelo institucional. La Constitución europea ha fracasado, a mi juicio, porque sus principales mentores

intentaron engañar a los europeos. La Constitución europea no estaba pensada, y sé muy bien de lo que hablo, para ser lo que se presentó a los ciudadanos. En consecuencia, y esa es mi opinión, si el consenso europeo se estableció en el actual Tratado de Niza, después del fracaso de la Constitución lo mejor que pueden hacer los líderes europeos, en este momento, es no poner las manos en los temas institucionales. El Tratado de Niza sirvió para hacer un consenso, sirvió para reunificar Europa, ha servido para hacer la ampliación de la Unión Europea, y nadie ha demostrado que no sirva para gobernar.

El tercer punto de mi programa general para la Unión Europea consistiría en emprender un claro sistema de reformas económicas. Europa necesita más flexibilidad, más libertad económica, más liberalización, menos sector público y más privatizaciones. Los datos son los que son. Si echamos la vista 20 años atrás, veremos que antes Europa crecía más que Norteamérica. En los 20 últimos años Norteamérica ha crecido más que Europa, con la excepción de un único año. Y ése no es un problema coyuntural, no es un problema del precio del petróleo, que ya es preocupante, sino que es un problema estructural. Eso significa que hay que poner en marcha los grandes objetivos que definimos precisamente en esta ciudad, en la agenda de Lisboa: cómo hacer de Europa el área

económica más importante del mundo. Pero esto no se consigue sin hacer nada o tomando políticas equivocadas, ni tampoco fomentando el intervencionismo en contra de la apertura o de la liberalización. El área económica más importante del mundo se consigue, por el contrario, yendo por el camino de la flexibilidad y de las reformas.

Como punto cuarto, yo restablecería el pacto de estabilidad europea. Porque económicamente es imprescindible restablecer la estabilidad presupuestaria para que las economías europeas vayan mejor, y porque me parece un elemento fundamental de la credibilidad de Europa. Dicho de otra manera, establecer primero un pacto de estabilidad para garantizar la fortaleza de la moneda única y la credibilidad en Europa, y decir después, cuando los impulsores de ese pacto no lo cumplen, que el pacto no vale y que hay que cambiarlo, éste es el mejor modo para que las cosas no funcionen ni desde el punto de vista de la credibilidad política ni desde el punto de vista económico. Por tanto, yo restablecería el pacto de estabilidad en Europa.

Quinto, la seguridad en Europa supone definir claramente sus compromisos en dos políticas: inmigración y terrorismo. El terrorismo es nuestra principal amenaza. Yo invito a los líderes

Europeos a que definan de una vez por todas contra quién tenemos que luchar, con quién estamos dispuestos a luchar, cómo estamos dispuestos a luchar y, sobre todo, si estamos realmente dispuestos a luchar. Y segunda invitación. Invito a los actuales gobernantes a que repasen la política de inmigración en Europa, porque la vinculación de la inmigración con la demografía cambiará nuestras sociedades. Así, quiero recordar que los que atentaron el 11 de marzo en Madrid vivían en España, y que los que han atentado el 7 de julio en Londres vivían en Londres. El adversario está dentro y fuera, y pensar que eso no tiene que ver con la política de inmigración es estar jugando a tener más problemas en el futuro en Europa.

El último punto a incluir en mi programa es el de la Alianza Atlántica. En este punto yo promovería dos iniciativas: un área económica atlántica y la reforma de la OTAN, no para debilitarla, sino justamente para fortalecerla.

Por tanto, si a mí alguien me preguntase cuál es mi programa para Europa, les repetiría estos seis puntos que acabo de exponer. Estoy convencido además de que en los tiempos actuales merece la pena intentar ponerlos en práctica. Porque las políticas que consisten en recuperar la seriedad, respetar la palabra dada, fortalecer las

buenas relaciones con nuestros amigos, defender nuestras ideas y nuestros intereses, y creer en nuestros valores, son las políticas que merecen la pena. Esas sí que son buenas políticas, y no otras bastante peores que se hacen ahora. Ocurre, paradójicamente, que las ideas equivocadas tienen un enorme poder embaucador en algunas de nuestras sociedades; por eso es tan importante el saber luchar todos los días por las ideas que nosotros consideramos acertadas. Yo así estoy dispuesto a hacerlo.